

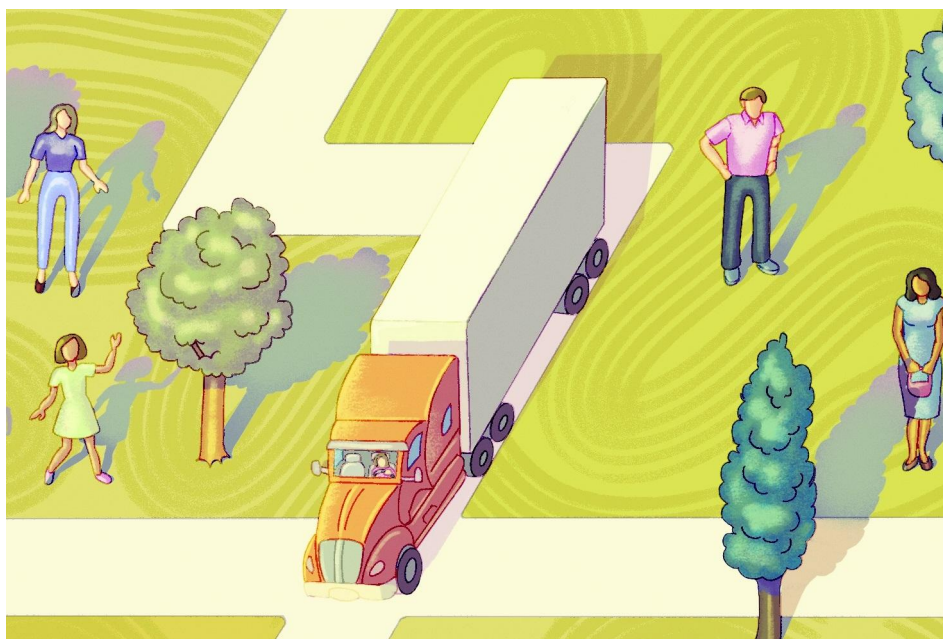
“ Cuidados con amor se pagan ”
Segunda Edición: Saltillo en Movimiento



1. **“ La vida nos frena dos veces ”** por Rosaura Rodríguez.
2. **“ Saltillo, a la velocidad de un padre ”** por Mariano De Velasco G.
3. **“ Cuidar desde la industria, construir desde las personas ”** por Lourdes Cobos.
4. **“ El pequeño taller ”** por Marcela Cabral Mireles.

La vida nos frena dos veces

Rosaura Rodríguez



Cuando era adolescente, mi padre me enseñó a manejar en el sur de Saltillo, cerca de Soriana Lourdes rumbo a la carretera a Zacatecas, son de esas carreteras que exigen respeto. No recuerdo exactamente el día, pero sí el momento. Un coche pasó a gran velocidad, muy cerca. Me asusté tanto que cerré los ojos por instinto.

Entonces mi padre habló con una firmeza que no olvidaré jamás:

—Nunca hagas eso. Nunca cierres los ojos. Porque no solo te pones en peligro tú; puedes provocar que alguien salga lastimado.—

No fue solo un regaño. Fue una lección de vida. En ese instante entendí que manejar no es únicamente conducir un vehículo, sino sostener una responsabilidad enorme. Algo se quedó sembrado en mí: no el miedo, sino la conciencia.

Años después, el hermano mayor de una amiga tuvo un accidente muy fuerte en la carretera Saltillo–Monterrey. Un tráiler se atravesó y, por segundos, por

decisiones mínimas, la vida se salvó. El conductor alcanzó a frenar. Alcanzó a reaccionar. Si no lo hubiera hecho, el desenlace habría sido otro.

Ese hecho se quedó conmigo. Me confirmó algo que ya intuía: en la carretera, un segundo cambia destinos. Una decisión puede salvar o destruir.

Aprendí a querer la manejada. Me gustaba. Me gustaba el camino, la atención, la sensación de estar presente. Con el tiempo, ese gusto se fue haciendo más profundo. No era velocidad lo que me atraía, sino el respeto por la carretera y por quienes la compartimos, al mismo tiempo que escuchar música y manejar lograba de cierta manera relajarme.

Ya de adulta, viviendo en la frontera, la vida me llevó a aprender a manejar tráiler. Tomé un curso formal en Estados Unidos. Ahí aprendí lo que realmente significa el manejo defensivo. Yo pensaba que era una forma de protegerte de los demás, pero entendí que es justo lo contrario: es manejar pensando también en el otro. Anticiparse. Observar. Asumir que alguien puede cometer un error y que tú puedes ser quien evita una tragedia.

Me gustó la experiencia. Mucho. Especialmente los viajes largos. Pero al mismo tiempo había un pensamiento constante: si un coche puede causar un accidente grave, ¿cuánto más un vehículo de ese tamaño?

A veces me llamaban la atención por manejar despacio. Me decían que exageraba. Pero para mí lo principal era seguir las reglas, estar alerta y cuidar. Prefería llegar tarde que no llegar. Manejar nunca fue para mí un acto de valentía, sino de responsabilidad.

Dos semanas después de mi último viaje, ocurrió lo impensable.

Iba manejando un carro. Venía conmigo una amiga y su hija pequeña. Todo parecía normal. De pronto, otro vehículo pasó el semáforo en rojo. El conductor llevaba el celular en la mano, así que el golpe fue en seco porque ni alcanzo a vernos.

Solo recuerdo escuchar a mi amiga gritar mi nombre. Recuerdo el impacto lateral, las bolsas de aire que se abrían, el golpe en la cabeza, todo fue tan rápido. El coche giró una y otra vez. Cuando todo se detuvo, la niña lloraba. Ese llanto se me quedó grabado.

Todos alardeaban afuera, ¡hay una niña! escuchaba, por fin llegó la ambulancia. Se llevaron a mi amiga. Yo cargué a la niña. Me traté de ocupar de todo porque me sentía culpable, aunque el golpe lo había dado la otra persona. El carro no era mío. La responsabilidad pesaba. El miedo también. Acompañé a la niña al hospital con su mamá. No sentí dolor inmediato; el shock lo cubría todo.

Después supe que mis cervicales estaban seriamente lesionadas. El cuerpo había resistido sin avisar.

Pero lo más profundo no fue la lesión física.

Durante meses viví con un trauma silencioso. No podía manejar. Un frenón me paralizaba. Un claxon me hacía saltar. Dejé de salir. Dejé de sentirme segura. Entendí, de la forma más dura, que la vida puede cambiar en un instante.

Los dolores físicos también estaban presentes: dolor fuertísimo de cabeza, cuello, tensión constante. Duraron más de un año. Pero el miedo tardó aún más en irse.

Poco a poco, con tiempo y paciencia, volví. Volví al volante. Volví a respirar. Volví a confiar. Y, contra todo pronóstico, me reencontré con ese amor por la manejada que había nacido en mi infancia.

Hoy, al mirar atrás, me sorprende de haber manejado un vehículo de ese tamaño. No es fácil. No cualquiera puede hacerlo. Y por eso hoy siento una profunda admiración y respeto por los trailereros.

Muchas veces no entendemos que una carga pesada no se detiene cuando uno quiere. Por más esfuerzo que haga el conductor, las leyes de la física son claras. Hay inercias, pesos, distancias. Hay puntos ciegos. Hay límites reales.

Vemos un espacio pequeño y creemos que “sí cabemos”. No pensamos que ese tráiler quizá no pueda frenar. No entendemos el riesgo que ellos cargan todos los días. Manejar un tráiler es una gran responsabilidad y también un trabajo de alto riesgo. Muchos hacen su mejor esfuerzo, aun así, viven expuestos.

Me sorprende y me agradezco haber tenido la oportunidad, en esta vida, de aprender ese oficio. Me dio una mirada distinta del mundo y de la carretera. Ya no lo volvería a hacer, pero me da gusto haber tenido esa experiencia.

Y también entendí algo más: muchas veces creemos que hay metas que no podremos alcanzar. Cosas que pensamos que nos quedan grandes. Y la vida, a veces, nos demuestra que sí podemos. Que somos capaces de más de lo que imaginamos.

La vida nos puede frenar dos veces: una para advertirnos y otra para despertarnos. Depende de nosotros aprender.

Disfrutemos los viajes. Disfrutemos la carretera. Pero manejen con conciencia, con respeto y con humanidad. Porque al final, no se trata solo de llegar, sino de cuidar la vida que va alrededor.

Saltillo, a la velocidad de un padre

Mariano De Velasco G



Hay días en que mi primer recorrido de trabajo no empieza en una rueda de prensa, ni frente a un funcionario, ni en la puerta de alguna oficina pública. Empieza saliendo de misa de nueve de la mañana en la rectoría de Nuestra Señora de los Dolores, con uno de mis hijos todavía oliendo a incienso, con el casco ya puesto, y con esa mezcla tan rara y tan bonita entre la paz de la oración y la prisa de la ciudad que ya está despierta.

Mis hijos van casi a diario a esa iglesia. Son monaguillos, acólitos, toman catecismo ahí. Mi fe y la de mi familia no es un tema aparte de la vida diaria: es la vida diaria. Por eso, muchas veces, el cuidado empieza ahí. No en un gran discurso sobre lo importante que es cuidar, sino en algo muy concreto: salir del templo, ajustar un casco, revisar un broche, subir a la bicicleta, mirar la calle y emprender el regreso a casa o el siguiente trayecto del día.

Yo me muevo mucho en bici por Saltillo. A veces solo. A veces por trabajo. A veces para hacer kilómetros. Hay días en que voy hasta colonias lejanas, hasta el cañón de San Lorenzo o hasta parques industriales de Ramos Arizpe. Pero hay otra

manera de recorrer la ciudad que, para mí, pesa más y vale más: cuando la recorro con mis hijos.

Vivimos en la colonia República y, desde ahí, con ellos, solemos movernos en un radio de cinco a siete kilómetros. No parece tanto para quien está acostumbrado al coche. Pero arriba de una bicicleta, con un niño en asiento adaptado o con otro en remolque, la ciudad cambia de tamaño. Cada semáforo cuenta. Cada pendiente se siente. Cada cruce se piensa dos veces. Y cada llegada tiene algo de pequeña victoria.

Durante un tiempo llevaba al mayor en un asiento adaptado al frente. Cuando llevaba al menor, muchas veces iba en el portabebé en la parte posterior. Después el mayor dejó de caber y tuve que adaptar también mi forma de acompañarlos. Así llegó el remolque. No fue capricho ni accesorio de moda. Fue una herramienta de paternidad: una manera de poder seguir llevándolos conmigo, seguir haciéndome cargo, seguir compartiendo con mi esposa el peso hermoso y agotador de criar hijos pequeños.

Porque el cuidado, en una casa con niños, no se reparte en abstracto. Se reparte en cansancio, horarios, brazos, desvelos, paciencia. Mi esposa muchas veces necesita quedarse en casa durmiendo a la bebé, alimentándola, atendiendo el homeschool, resolviendo el desorden cotidiano que acompaña a toda familia viva de verdad. Entonces, que yo pueda salir con uno o con dos de los niños en la bici no es solamente un paseo: es una forma de ejercer mi paternidad y, al mismo tiempo, de darle a ella un poco de aire.

Por eso uno de los espacios públicos que más significado ha tomado para mí en Saltillo es la Plaza de las Ciudades Hermanas, frente al Teatro Fernando Soler. No porque ahí ocurra todo, sino porque ahí se me juntan muchas cosas importantes de la vida real: la ciudad, la cultura, la paternidad, el movimiento y esa posibilidad de hacer una pausa sin dejar de estar presentes.

Más de una vez he llegado hasta esa plaza en bicicleta con uno de mis hijos en el asiento o con otro en el remolque, rumbo a una rueda de prensa, a un evento o a alguna actividad cultural en el teatro. Y mientras yo atiendo el trabajo, ellos encuentran también su manera de habitar ese lugar: corren, observan, preguntan, juegan, se trepan donde pueden, ven gente entrar y salir. Ahí he sentido que el cuidado no siempre ocurre en espacios cerrados o diseñados para la infancia, sino también en plazas donde la ciudad se vuelve un poco más amable y les permite estar.

Algunas veces, el recorrido sigue hacia otros puntos. En algunas ocasiones termina en una plaza comercial habitacional, y entonces algún restaurante aparece como un oasis: un café para papá, algo de comer para ellos, a veces hasta un buen ambigú improvisado si la rueda de prensa lo permite. Pero el corazón del trayecto, para mí, suele quedarse en esa plaza pública donde mis hijos no sólo me acompañan a trabajar, sino que van aprendiendo que la ciudad también puede recibirse a la velocidad de sus pasos.

Y algo muy bonito pasa cuando llegamos. La gente los ve. Los saluda. Los reconoce. Les ofrece agua, jugo, pan, alguna galleta. Entonces confirmo que cuidar no siempre significa encerrar, apartar o proteger del mundo; a veces significa, al contrario, introducir poco a poco a tus hijos al mundo, pero hacerlo contigo, cerca de ti, con casco, con tiempo y con atención.

Yo procuro su seguridad, claro. Estoy al pendiente de no caerme, de no chocar, de escoger bien el trayecto, de revisar el remolque, las llantas, los broches, el asiento. Intento que el paseo siga siendo aventura y no susto. Pero también he sentido muchas veces que, cuando la ciudad nos ve pasar, algo se activa en los demás. Como si de pronto el resguardo dejara de ser sólo mío.

Cuando un automovilista ve a un papá llevando niños pequeños en bicicleta, con casco y protecciones, algo cambia. No en todos, claro. Saltillo todavía está en camino de ser una ciudad hecha para ciclistas, especialmente ciclistas con hijos. No toda la gente piensa en quien camina, pedalea, empuja una carriola o jala un remolque. Pero aun así, muchas veces he sentido que quienes nos ven entienden por un instante que nuestras vidas también están en sus manos. Bajan la velocidad. Esperan. Dan el paso. Se vuelven, aunque sea por unos segundos, corresponsables.

Eso también es cuidado.

Y me importa decirlo porque a veces hablamos del cuidado como si sólo existiera dentro de la casa. Como si cuidar fuera algo privado, doméstico, invisible. Pero yo he aprendido que el cuidado también se juega en la calle. En un crucero. En una vuelta a la derecha. En una distancia prudente. En la posibilidad de que una ciudad permita que un padre pueda desplazarse con sus hijos sin sentir que está cometiendo una imprudencia por no ir encerrado en un automóvil.

También he aprendido otra cosa: que, antes que yo, antes incluso que la ciudad, quien verdaderamente nos cuida es Dios. Yo hago mi parte. La ciudad, a veces, también hace la suya. Pero siempre llevo en mente que hay un Padre que ve más lejos que yo, que protege mejor que yo y que ama más de lo que yo siquiera alcanzo a imaginar. Tal vez por eso estos trayectos, además de organización, esfuerzo y atención, también son para mí un acto de confianza. Salimos con casco, con precaución, con sentido común, sí; pero también salimos sabiendo que no vamos solos.

Quizá por eso me gusta pensar que cada trayecto con ellos tiene algo más grande que nosotros mismos. Sí, son apenas diez u once kilómetros cuando voy con uno o con dos de mis hijos. Mucho menos que los recorridos largos que hago solo. Pero esos kilómetros pesan distinto. Ésos se quedan. Ésos construyen memoria. Ésos van haciendo vínculo. Son kilómetros en los que mis hijos conocen la ciudad, ven

gente, escuchan conversaciones, aprenden que su papá trabaja, que su fe está integrada a la vida y que moverse juntos también puede ser una forma de quererse.

Yo quisiera pensar que, al vernos, Saltillo también aprende un poco. Aprende a proteger más a los ciclistas. Aprende a mirar a los niños no como estorbo del tráfico, sino como parte de la ciudad. Aprende que una calle no sólo sirve para pasar rápido, sino también para sostener la vida de quienes la habitan.

Tal vez por eso, cuando pienso en un lugar donde he vivido el cuidado, pienso en esa plaza frente al teatro, en ese espacio abierto donde mis hijos corren mientras yo trabajo, en ese rincón de la ciudad donde la cultura, el movimiento y la crianza se encuentran sin estorbarse. Pienso también en los trayectos que salen de Dolores, en las vueltas por la colonia República, en las llegadas a otros puntos donde la jornada sigue. Y pienso en esos momentos en que, por un rato, todo parece acomodarse.

Ahí entiendo que criar no siempre ocurre entre cuatro paredes. A veces ocurre sobre dos ruedas. A veces ocurre entre una misa, una rueda de prensa y un pan dulce. A veces ocurre cuando una ciudad entera, aunque no se dé cuenta, decide no arrollar la ternura que lleva un padre pedaleando con sus hijos.

Cuidar desde la industria, construir desde las personas

Lourdes Cobos



Estudié ingeniería mecánica cuando todavía muy pocas mujeres elegían esa carrera. Empecé diseñando líneas de producción, equipos y herramientas. A los 23 años me ofrecieron una mejor posición en el proyecto de apertura de una planta y eso significaba una decisión grande: dejar Monterrey para venirme a vivir a Saltillo. Me vine. Al año me casé y poco después nació mi primera hija.

A los 25 decidí hacer una pausa en mi crecimiento profesional. El acuerdo con mi esposo fue que siempre nos íbamos a apoyar, pero lo más importante era la familia. Él me dijo: "Trabaja si quieres, pero si no quieres, no pasa nada". Tuve la oportunidad de quedarme en casa, pero disfruto mucho mi independencia económica y, la verdad, disfruto mucho lo que hago. Para mí seguir trabajando siempre significó hacerlo desde la elección y no desde la necesidad.

Cuando regresé, mi vida transcurría entre la planta y la guardería. Dejaba a mis hijas a las seis y media de la mañana, manejaba hasta la planta, regresaba a mediodía para lactarlas, volvía otra vez al trabajo y por la tarde pasaba por ellas. Más de una vez tuve que detenerme en el camino, antes de llegar a casa, porque no alcanzaban a esperar y les daba de comer dentro del carro para después seguir hasta Rancho de Peña. Fueron años donde aprendí que cuidar también ocurre durante los trayectos.

Yo estaba feliz haciendo proyectos. Dominaba mi trabajo, organizaba mis tiempos y podía estar presente con mis hijas. Entonces un día mi gerente de planta me llamó a su oficina.

—Lulú, necesito que tomes la gerencia del área de proyectos.—

Le respondí que no me interesaba. Todo el mundo quería una gerencia menos yo. Me gustaba resolver problemas, sacar proyectos adelante y regresar temprano con mis niñas. Él insistió en que atrás de mí venía una generación completa esperando crecer y que yo me había convertido, sin querer, en un obstáculo.

Yo seguía diciendo que no.

Entonces me miró y soltó una frase que todavía recuerdo:

—A ver, te lo voy a poner más fácil: o la tomas o te corro.—

Me explicó que un gerente no necesariamente trabaja más, sino que aprende a delegar, desarrollar personas y construir líderes. Salí de esa oficina pensando que acababa de aceptar el reto más grande de mi carrera. Tenía 30 años y esa fue mi primera gerencia. Ahí descubrí que lo que realmente me gustaba no era solamente hacer proyectos; era desarrollar gente. Hoy muchos de quienes fueron mis practicantes son directores en México, Europa y Estados Unidos, y siguen diciéndome "jefa".

Después vinieron otros retos. Pasé a operaciones, luego a lanzamientos para varias plantas en México y, cuando un gerente de planta renunció justo antes de instalar equipos que venían en barco desde Alemania, acepté dirigir la planta de manera temporal. Yo repetía que sólo serían dos o tres meses mientras encontraban un reemplazo.

Ese reemplazo nunca llegó.

Recuerdo aquella Navidad perfectamente. Iba a mi casa a envolver regalos y regresaba a la planta con la cena para los técnicos que seguían instalando maquinaria para cumplir con el lanzamiento del proyecto. Así pasaron diciembre, enero y febrero.

Poco tiempo después viajé a Michigan para una reunión de todos los gerentes de planta de Norteamérica. Entré a la sala y era la única mujer. El director general me recibió diciendo que por fin estaba viendo a la primera gerente de planta sentada en esa mesa. Yo respondía una y otra vez que solo estaba cubriendo temporalmente la posición. Ellos ya pensaban otra cosa.

Años más tarde llegó el momento que más incertidumbre me ha dado. Estábamos en China, reunidos cerca de doscientos gerentes de planta de todo el mundo. En aquella sala solo había tres mujeres: la directora de compras, la asistente del CEO y yo.

Ese mismo día anunciaron el retiro de quien había sido mi jefe y mi mentor durante años. El mismo que tiempo atrás me había dicho: "Si no aceptas una gerencia, te corro". Antes de iniciar la búsqueda de su sucesor, me había repetido varias veces: "Chaparrita, ya estás lista". Yo me hacía la sorda. Estaba convencida de que había personas con más experiencia que yo.

Después de la reunión me pidieron pasar a una sala privada. Ahí estaban el CEO, el CFO, Recursos Humanos y los directivos globales. Querían que dirigiera todas las plantas de México.

No respondí de inmediato.

Les dije que las decisiones importantes siempre las tomábamos en familia y que necesitaba hablar con mi esposo y con mis hijas. Ellos esperaron conmigo durante horas, hasta que en México amaneciera.

Cuando por fin hablé con Roberto, solo me dijo:

—Tú ya sabes cuál es mi respuesta. Si tú quieres, aquí te apoyamos. Dale. Y si fallas, tampoco pasa nada.—

Con ese respaldo acepté dirigir las plantas de México. Empecé con tres. Durante los siguientes años lancé una cuarta planta en plena pandemia, con equipos llegando desde Italia y personal trabajando entre cubrebocas. Después llegó una quinta, una sexta en California y más tarde una séptima. Cuando cerré ese ciclo tenía bajo mi responsabilidad siete plantas y alrededor de diez mil colaboradores.

Con el tiempo también entendí que uno puede dejar de hacer fit con una empresa. Cambió la cultura organizacional, cambió la forma de liderar y decidí cerrar una etapa de quince años para aceptar una vicepresidencia operacional. Parecía el siguiente gran paso, pero implicaba vivir prácticamente en aeropuertos: salía los lunes y regresaba los viernes por la noche. Mis hijas crecían mientras yo estaba arriba de un avión. Ahí comprendí que el éxito también necesita equilibrio.

Fue entonces cuando apareció BorgWarner. Recuerdo haber viajado hasta Detroit solo para cenar con quien sería mi nuevo jefe. Me dijo que no necesitaba ver mi currículum porque ya había buscado en internet pero quería conocerme como persona. Yo fui muy clara, no estaba buscando ganar más dinero ni seguir

acumulando ascensos. Buscaba estabilidad, calidad de vida y seguir desarrollando personas.

Encontré exactamente eso.

Hoy lidero el campus de BorgWarner en Ramos Arizpe y presido el Clúster Automotriz de Coahuila. Lo que más disfruto ya no son los títulos. Es tener tiempo para mi familia, impulsar personas y construir puentes entre la industria, el gobierno y las universidades. Al final, entendí que una carrera no se mide solo por los puestos que ocupas, sino por las personas que ayudas a crecer mientras recorres el camino.

El pequeño taller

Marcela Cabral Mireles



El olor a arena de moldeo, metal fundido y aceite quemado es algo que se te queda impregnado en la piel, pero sobre todo en la memoria. Crecí en Saltillo, en una casa donde fuimos cinco hermanas. Sin hermanos varones en el mapa, mi padre se encargó de borrarlos de la cabeza cualquier frontera de género. En el patio, entre herramientas y motores, nos enseñó a cambiar una llanta y a medir el aceite con la misma naturalidad con la que compartíamos el pan de pulque en la mesa. "Si van a subirse a la máquina, tienen que conocer sus entrañas", decía.

Por eso, cuando decidí entrar a estudiar Ingeniería Industrial en el Tecnológico de Saltillo, no me pareció un salto al vacío, aunque la realidad se encargó de recordarme dónde estaba. En aquellos años, las aulas eran un mar de rostros masculinos. Caminar por los pasillos requería una dosis extra de firmeza; éramos unas pocas abriéndonos paso entre los pupitres. Con el tiempo, ver cómo el porcentaje de mujeres aumentaba en esa institución fue mi primer vistazo de que las cosas, aunque lentas, se mueven.

Mi verdadero choque con la realidad llegó al graduarme y entrar de lleno a la industria, específicamente a una pequeña fundición familiar. El entorno era rudo, áspero y, por definición implícita, hecho por y para hombres. Pero el mayor reto no era el escepticismo de algunos operarios al ver a una ingeniera joven al mando; el verdadero reto estaba en los detalles invisibles. En la seguridad.

En aquella primera época, la seguridad industrial no contemplaba nuestra anatomía. Recuerdo perfectamente mi primera semana en la línea de producción. Para recorrer la planta me asignaron el Equipo de Protección Personal (EPP) estándar de la empresa. Las botas de casquillo me quedaban tan holgadas que tenía que arrastrar los pies para no perderlas, provocándome ampollas en los talones. El chaleco me bailaba en los hombros, con una alta posibilidad de engancharse con las salientes de la maquinaria. Y la mascarilla... aquello era gigantesco. Por más que apretaba las correas, el diseño estaba hecho para una estructura ósea masculina, mucho más ancha. Pasar horas allí dentro significaba terminar la jornada con dolor corporal y un enorme cansancio. Trabajar protegida, en ese entonces, significaba adaptarte a la fuerza a un molde que no era el tuyo. Era un reto silencioso.

El gran punto de inflexión llegó años después, impulsado por la apertura comercial, la llegada de las grandes maquiladoras a la región y una nueva ola de normativas internacionales. La industria tuvo que madurar, y nosotras con ella.

Un día, el almacén de seguridad cambió. Llegaron cajas con calzado diseñado específicamente para la ergonomía femenina, chalecos con ajustes reales y respiradores de nuestra talla. Parecía un detalle menor, puramente técnico, pero para nosotras fue un mensaje contundente: pertenecen aquí y su integridad importa.

Hoy, cuando recorro la planta, veo un panorama completamente distinto. La seguridad ya no se limita a un casco que encaje bien. Ha evolucionado hacia algo mucho más profundo. Me llena de orgullo ver a ingenieras y operarias desempeñar puestos clave de decisión sabiendo que cuentan con un entorno que no solo cuida

sus cuerpos, sino también su integridad emocional y profesional. Hoy existen protocolos claros contra la discriminación y normativas estrictas sobre la violencia laboral. Ya no tenemos que mimetizarnos ni camuflarnos en un mundo de hombres para ser respetadas o para estar a salvo; podemos ser nosotras mismas, con nuestra propia sensibilidad y enfoque.

Miro hacia atrás, a esa joven ingeniera que arrastraba unas botas gigantescas en una fundición de Saltillo, y sonrío. El camino ha sido largo y el cambio se construyó paso a paso, pero valió la pena. Me tranquiliza saber que las jóvenes que hoy ocupan las aulas caminarán por pisos de producción donde su cuidado, su seguridad y su protección ya no son una improvisación, sino una prioridad absoluta.